

ANTISEMITISMO E IDEOLOGÍA DEL “ANTISEMITISMO”. OBSERVACIONES SOBRE LA CULTURA POLÍTICA ISRAELÍ.

*Antisemitism and Ideology of "Antisemitism".
Observations on the Israeli Political Culture*

MOSHE ZUCKERMANN*

mzucki@post.tau.ac.il

Fecha de recepción: 19 de junio de 2012

Fecha de recepción definitiva: 9 de julio de 2012

En vista de la historia del recién concluido siglo XX, hay una cosa sobre la que no cabe duda alguna a comienzos del siglo XXI: la efectividad del antisemitismo moderno. El monstruoso genocidio de los judíos europeos puede ser considerado como la manifestación más evidente de una ideología puesta en práctica –una ideología que, por cierto, no ha llegado a su fin con su atroz objetivación. Pese a la atrocidad ocurrida, y aunque oficialmente esta ideología es rechazada y condenada en todas partes, la persistente existencia de este esperpento psico-ideológico sigue haciéndose notar. Es como si, pese al exceso histórico que supuso el exterminio, aún quedara algo que no se hubiera “consumido” del todo.

Eso comenzaba ya a perfilarse en los estadios iniciales del antisemitismo moderno. Cuando, en los años ochenta del siglo XIX, se solicitó al historiador Theodor Mommsen que se manifestara contra el antisemitismo, ya que sus palabras podían ser “beneficiosas y depuradoras”, éste respondió: “Se equivocan si creen que se puede lograr algo mediante la razón. Hace años yo mismo también lo creía, y seguía protestando contra la escandalosa vileza del antisemitismo. Pero es inútil, completamente inútil. Lo que yo o cualquier otro podemos decir son al fin y al cabo argumentos, argumentos lógicos y éticos a los que ningún antisemita haría caso. Los antisemitas sólo prestan oídos a su odio y a su envidia, a sus instintos más ruines. Son sordos a la razón, al derecho y a la moral. No se puede influir

* Universidad de Tel Aviv.

sobre ellos... [El antisemitismo] es una epidemia terrible, como la del cólera: no es posible explicarla ni curarla. Hay que esperar pacientemente hasta que su veneno se consuma y pierda su virulencia”¹.

Max Horkheimer, que citaba estas palabras de Mommsen en su breve artículo “Sobre el prejuicio”, comentaba la última frase con las siguientes palabras: “[Su veneno] no se ha consumido, sino que ha producido un efecto terrible”. Para añadir a continuación: “La creencia de que su veneno se ha agotado es ingenua. En lugar de haberse desvanecido, las condiciones para que aparezca la personalidad autoritaria se han propagado por todas partes. La pérdida de importancia de la familia –de la que tanto se habla– y la situación de emergencia en las rebosantes escuelas no favorecen el desarrollo del pensamiento autónomo, de la fantasía, ni tampoco el placer en una actividad espiritual no vinculada a fines. El crecimiento de la población, y la propia técnica, fuerzan a los seres humanos –dentro y fuera de los centros de trabajo, en la fábrica y en el tráfico– a obedecer indicaciones, a convertirse en cierto modo en aparatos que reaccionan a determinadas señales. Y para quien mira constantemente signos e indicaciones, todo se convierte en signo, incluso el lenguaje y el pensamiento. De este modo se ve arrastrado a convertir todo en cosa, lo cual no favorece la libertad interior. Pese al aumento del dominio de la naturaleza, pese al incremento del conocimiento y de la inteligencia –que ya no tolera ningún engaño y sin embargo toma parte en todos–, la capacidad para la experiencia y la felicidad no han aumentado. La creencia de que, a la larga, el nivel de vida y el pleno empleo lo compensarán todo puede ser engañosa”².

Pese a la metáfora epidemiológica utilizada por Mommsen y al contexto de catástrofe de la historia universal que resuena en el texto de Horkheimer, el comentario del pensador frankfurtiano se caracteriza por el paradigma de una comprensión *social* del antisemitismo. Para él, el antisemitismo no designa nada “metafísico”, nada que –pese a su resistencia a “la razón, el derecho y la moral”– no pudiera ser atribuido a mecanismos (fracasados) de socialización y a estructuras sociales fundamentales. La dialéctica de la Ilustración, entendida como una promesa de felicidad que históricamente se ha transformado en su opuesto, no le lleva a capitular ante la irracionalidad triunfante, sino que le impulsa a una insistencia tanto mayor en el conocimiento de aquello que podría “engañar” a la hora de combatir

¹ Theodor MOMMSEN, cit. en Max Horkheimer: “Über das Vorurteil”, en *Gesammelte Schriften* 8, Frankfurt a. M.: Fischer, 1985, pág. 199 [traducido al español como “Sobre los prejuicios”, en Theodor W. Adorno y Max Horkheimer : *Sociologica*, Madrid: Taurus, 1966, págs 117-125].

² Max HORKHEIMER: “Über das Vorurteil”, ob. cit., pág 199 s.

el prejuicio antisemita. Hacer hincapié en esto puede ser relevante en nuestro contexto, puesto que –con toda la repugnancia que merece el antisemitismo manifiesto de nuestro tiempo– puede ayudar a hacer frente al carácter cosificador de las reacciones de indignación ante el antisemitismo, por muy sinceras que sean. Porque el antisemitismo es sin duda una de las formas más maliciosas de ideología, pero la reacción al antisemitismo, que se hace pasar por crítica, puede revelarse también algo fundamentalmente ideológico.

En el marco de la ideología del estado de Israel, el sionismo, esta posibilidad está cimentada de forma casi estructural³. Porque, en la medida en que el sionismo se basa en el postulado fundamental de la *negación de la diáspora* (una suposición discutida por muchos sionistas, ya que podría significar que la *raison d'être* del sionismo se debe a una determinación heterónoma), su postulado se basa ante todo en el ascenso del antisemitismo moderno. Esto no quiere decir que la historia del antisemitismo político, que comienza en el siglo XIX, no hubiera dado lugar también a impulsos fundamentalmente positivos, como el amor a sión de la religión tradicional (*chiabat zion*) y el anhelo de sión (*kisufe zion*)⁴. Pero no puede pasarse por alto que lo que impulsó a la autodeterminación se constituyó *ex negativo*, a partir del carácter realmente insoportable del mundo de la vida de la existencia diaspórica, ya fuera por las formas tradicionales de la violencia asesina del pogromo en el este de Europa o por un patrón burgués de exclusión social que se fue consolidando cada vez más en el antisemitismo de Europa central y occidental. Pero si el sionismo reaccionaba al antisemitismo, y por consiguiente derivaba de él la necesidad de fundar un hogar nacional para el pueblo judío, entonces no puede negarse, no sólo que el sionismo “se deba” en cierto modo al antisemitismo, sino que en un determinado momento de su praxis histórica y del trabajo ideológico que la acompaña acabe por *necesitarlo*. Esto no debe dar lugar a malentendidos: los sionistas activamente movilizados por crear un estado judío no anhelaban que se produjeran excesos antisemitas contra los judíos; sin embargo la virulencia del antisemitismo no les resultaba algo *objetivamente* inoportuno, ya que era útil para su propósito ideológico-político. No les interesaban los violentos prejuicios ocasionados a los

³ Aquí debe subrayarse explícitamente que se trata de una *posibilidad*, y por tanto de algo que *puede* ser así, no de que *deba* serlo necesariamente.

⁴ Cfr. Moshe ZUCKERMANN: “Antisemitismus, Zionismus und Assimilation”, en *Osnabrücker Jahrbuch*, VI/1999, págs. 187-196.

judíos de la diáspora, sino que éstos favorecían la constitución de la conciencia de que la existencia judía en la diáspora no podía tener ningún futuro.

Lo que en el sionismo anterior a 1948 había funcionado como una matriz complementaria –en parte de raíz teórica– del otro gran postulado del sionismo, la creación del llamado *judío nuevo* (un concepto contrapuesto al de judío diaspórico), a partir de la fundación del estado de Israel pasó a convertirse en una necesidad existencial, pero también en un ideograma contundente. Porque, cuando se requería una prueba histórica definitiva de la necesidad de negar la diáspora, se echaba mano de él, como también de la Shoah. Después de Auschwitz, ningún judío podía poner en cuestión la catástrofe que su pueblo había sufrido en la existencia diaspórica, ni tampoco que la catástrofe había convertido la existencia de un refugio nacional para los judíos convertidos en apátridas en Europa del Este (y, en un sentido profundo, “en el mundo”) en una necesidad objetiva. Pero, al mismo tiempo, esta misma dimensión de necesidad acabaría por convertir en valor de cambio incluso la mayor atrocidad. Porque no se trata sólo de que la Shoah no lograra convencer a gran parte del pueblo judío del atractivo de la opción sionista que ofrecía la creación del estado de Israel, sino que, para estar seguro de sí mismo, el propio estado de Israel necesitaba (pese a su admirable trabajo de construcción) que los judíos que habían permanecido en la diáspora estuvieran bajo amenaza permanente. Y, como la amenaza se medía desde Auschwitz, y por tanto se convertía lo monstruoso en algo disponible, el horror degeneró pronto en *argumento* y se convirtió cada vez más en ideología del estar amenazado y en fetiche de una auto-victimización cada vez más alejada de las verdaderas fuentes de la amenaza. De hecho era (y es) increíble que, con cada nueva victoria militar de Israel, la doctrina de la “seguridad” cobrara más importancia, que, conforme aumentaba la seguridad militar, la ideología de la “inseguridad” fuera penetrando en la conciencia cotidiana de la población judía de Israel. Por tanto, con el establecimiento de la praxis política oficial de Israel, lo que había sido una herencia estructural de la ideología sionista clásica –la dimensión de su fundamentación *ex negativo*– cobró la forma de dos ideogramas que se iban consolidando y arraigando cada vez más: la amenaza de los judíos “en el mundo” y la amenaza de Israel a causa de “los árabes”.

No es que ambas amenazas carezcan de un núcleo de verdad histórico: la Shoah ha tenido lugar y la aversión que los estados árabes han tenido hacia Israel desde su fundación es incuestionable. El carácter ideológico de estas amenazas se debe a su perpetuación propagandista en un momento en que cada vez resulta más

patente que dicho núcleo de verdad prácticamente ha perdido su pretensión de *actualidad* (o al menos su urgencia perentoria). Porque no sólo hace ya tiempo que no puede decirse que ningún estado árabe esté en condiciones de amenazar militarmente la existencia de Israel sin suscribir con ello su propio hundimiento (por no hablar de una supuesta amenaza existencial de Israel a manos de los palestinos), sino que en último término la vinculación del antisemitismo actual, que levanta una y otra vez su horrenda cabeza, con la Shoah –o con una amenaza de “Shoah”, se entienda como se entienda– no puede sino resultar sorprendente. Y es que en ningún lugar del mundo el antisemitismo amenaza al judío en tanto que *individuo* como lo hace en Israel a causa de la política israelí: como consecuencia de una política exterior practicada desde hace décadas y de la persistencia de un régimen de ocupación bárbaro vinculado a ella; se trata de una política que se sirve de la ideología de una “amenaza” que hace tiempo que ha degenerado en fetiche. La amenaza *colectiva* de los judíos de la “diáspora” por el antisemitismo no puede compararse, ni siquiera de lejos, con la catástrofe colectiva que cabría esperar para los judíos si acabara estallando una guerra en la región, que sería también consecuencia de la propia política israelí. El hecho de que la guerra no convenga a ninguna de las partes en contienda en Oriente Próximo no altera el que la amenaza colectiva de los judíos, a nivel *objetivo*, se deba antes al riesgo de guerra que al antisemitismo, que pese a todo es virulento y debería ser combatido de modo inexorable. La reactivación coyuntural del discurso del antisemitismo en Israel se dirige –entre otras cosas– a ocultar esto. Porque si el primer ministro israelí puede afirmar públicamente que toda crítica a su política proveniente de Europa es sin excepción antisemita, e incluso llega a declamar que cuando escucha estas críticas (antisemitas) comprende cómo pudo llegarse al Holocausto⁵, entonces, o bien estamos ante la necia charlatanería de un político en apuros que – pese a ser jefe de estado de Israel– aún no ha entendido el carácter y el “significado” (universal) de la Shoah, o bien –lo que parece más probable– esta retórica populista alimenta el carácter ideológico del discurso del antisemitismo, esencialmente heterónimo, tal y como se ha codificado en la conciencia cultural de la gran mayoría de los ciudadanos y ciudadanas israelíes.

Y es que al discurso israelí sobre el antisemitismo no le interesa proteger a los judíos en la “diáspora antisemita”, sino la apología del sionismo, y con ello la per-

⁵ Esto es solo un ejemplo de la retórica ideológica habitual que inunda cotidianamente la cultura política israelí. Podrían añadirse varios cientos de ejemplos de este tipo.

petuación de la “diáspora” como fundamento para la afirmación de lo propio, de una autocomprensión “israelí” que en los últimos años, por distintas razones, ha empezado a tambalearse. Se trata de un propósito para el cual, como ya se ha señalado, se ha recurrido desde el principio a la rentabilización ideológica del “antisemitismo”. El que semejante apropiación pueda servir para justificar y encubrir una política inhumana no ha indignado realmente a la gran mayoría de la población judía de Israel. Al contrario, como *mutatis mutandis* la Shoah ha sido funcionalizada ideológicamente hasta convertirse en razón de ser del estado sionista, el “antisemitismo” instrumentalizado políticamente se ha probado un medio eficaz para deshacerse de la imagen poco lisonjera que “el mundo” le devuelve, que le presenta como un sujeto político violento y un bárbaro conquistador. En este contexto el “antisemitismo islámico”, que se ha fortalecido en los últimos años, les viene a pedir de boca. En él se unen ambas cosas: el incremento del “antisemitismo” en Europa y la “amenaza” militar en Oriente próximo, el código de la “Shoah” y la “doctrina de la seguridad”: de este modo ofrece la base ideal para una nueva auto-victimización que ha sido ideológicamente preparada durante décadas. Para ello se procede de modo esencialista. El antisemitismo es declarado (sobre todo en los medios) como un rasgo esencial del Islam, sin detenerse a considerar el hecho fundamental de que, históricamente, éste no se caracteriza por un odio a los judíos que haya llevado a la persecución, ni mucho menos al exterminio, como sí ocurrió durante siglos con el conjunto de la cultura occidental y cristiana, hasta llegar al genocidio nacional-socialista. Los judíos israelíes de procedencia oriental cuentan lo buena que era su relación de vecindad con el entorno musulmán en sus países de origen hasta 1948. Tampoco se tiene en cuenta el modelo de explicación que va más allá del conflicto de Oriente Próximo para explicar la retórica antisemita que se expande en el mundo islámico como una reacción post-colonial a la modernidad “occidental”, que es identificada con el capitalismo y cuya esfera de circulación se identifica con los judíos –una figura genuina del antisemitismo europeo-. Queda completamente descartada la explicación de que el “antisemitismo” islámico sería un antisionismo poco sorprendente en el mundo árabe, una forma moderada de resentimiento pero, sobre todo, se descarta establecer cualquier nexo entre la política represiva de Israel en los territorios ocupados y una actitud anti-israelí, por muy vehemente que sea. Como el antisemitismo se presenta como algo arcaico, no puede permitirse ninguna relación causal que clarifique el fenómeno –ideológicamente deplorado– del “antisemitismo islamista”, mucho menos si pu-

diera señalar la evidente parte de *propia culpa* ante el incipiente resentimiento anti-israelí.

Explicaciones como las que se han propuesto aquí implican siempre verse obligado a aceptar una polaridad dicotómica de dos opciones mutuamente excluyentes: o bien existe (de nuevo) un antisemitismo virulento, con lo que la apropiación instrumentalizadora del fenómeno sería algo secundario; o bien, por el contrario, se considera prioritaria la ideologización del antisemitismo, su re-funcionalización en un valor de cambio “antisemita”, con lo que ya no habría que ocuparse de las manifestaciones de antisemitismo, que serían meras exageraciones políticas. La insistencia en el carácter excluyente de ambas posiciones no promete nada bueno; se impone ceder la palabra a posiciones capaces de incluir ambas perspectivas. Del mismo modo que hay que combatir el antisemitismo allí donde se le pueda reconocer de modo manifiesto o latente —y aquí habría que conceder más atención a los procesos y estructuras de transformación desde la nebulosa latencia hasta lo claramente patente—, también habría que articular una ininterrumpida crítica de la apropiación ideológica del horror del antisemitismo y del recuerdo de la Shoah al servicio de intereses particulares y heterónomos, especialmente cuando se comprueba que se echa mano del “antisemitismo” como de un espectro propagandista para la perpetuación de una política represiva, con lo que se contamina el recuerdo de las víctimas, que es pervertido como justificación racionalizadora de una realidad política y social que exige siempre nuevas víctimas. No es posible predecir sin más si el *veneno antisemita* llegará jamás a consumirse del todo; su historia es demasiado multidimensional, sus caminos y recovecos demasiado sinuosos. Pero tampoco serviría de nada combatirlo con una instrumentalización heterónoma de la atrocidad, de modo que la confrontación con el antisemitismo se corrompiera hasta convertirse en ideología del “antisemitismo”.

Traducción del alemán: Jordi Maiso